Núm. 162.

COMEDIA EN PROSA.

LOS VIAGES

DEL EMPERADOR SEGISMUNDO,

Ó

EL ESCULTOR Y EL CIEGO.

EN QUATRO ACTOS.

TRADUCIDA POR DON DOMINGO BOTTI.

PERSONAS.

El Conde de Stembergh, Intendente de Postas.
La Condesa de Valsingher, viuda.
Baronesa Stolen.
Baronesa Wiltz.
El Baron Wolfen.
El Baron Splinn.
El Caballero Brom.
El Emperador Segismundo, incógnito.
El Baron Naiman, Presidente de la Sociedad.
Odoardo, hijo del Presidente y casado de secreto con
Luisa, hija de
Egidio, Escultor.
Lucía, criada de Egidio.
Fernando, ciego, hermano de Egidio.
Cafetero.
Un Correo.
Niño 1.º de 12 años. } *hijos de la Condesa.*
Niño 2.º de 10 años. }
Damas. } *que no hablan.*
Caballeros. }
Dos Comparsas mozos de Café.

BENIGNO LECTOR.

El *feliz éxîto que experimentó mi traduccion de la Comedia titulada*: Los viages del Emperador Segismundo, ó El Escultor y el Ciego, *ha excitado á varias compañías del Teatro Español á procurarse por todos medios la citada Comedia, que han conseguido sin estar arreglada como debia; y así habiendo sabido que ya separada de este Teatro va corriendo de unos en otros, y que tal vez se la encontrarán muchos mas defectos de los que el Traductor habia por sus cortos talentos cometido, se ha determinado á imprimirla con la posible exâctitud, paraque no desmerezca del todo la benigna aprobacion de quien tal vez llegase á leerla ó verla representar desfigurada, como así les ha sucedido á otras traducciones mias, quales son*: El aviso á los Casados; La Hija del Misterio; y el Buen Gobernador, *que han pasado á otros Teatros sin la competente correccion; por lo que estas y otras muchas que tengo ya traducidas seguirán la misma carrera de la Imprenta, á fin de obviar á aquellos inconvenientes, que indispensablemente deben tener sin estas circunstancias. Recibe complaciente mis pobres tareas, y agradécelas como un obsequio sino correspondiente á tu mérito, á lo ménos producido por aquel obsequioso respeto con el que te distingue y estima*

D. B.

LOS VIAGES
DEL EMPERADOR SEGISMUNDO,
Ó EL ESCULTOR Y EL CIEGO.

EN QUATRO ACTOS.

ACTO PRIMERO.

Café con puerta al foro por la que se dexa ver una gran Plaza.

SCENA I.

El Conde de Stemberg y el Cafetero.

Conde. ¿Qué significa aquella gente amontonada delante de la casa de Postas?

Cafet. *Figura verlo por la puerta.* Lo podeis imaginar. Como en uno de estos dias se espera al Emperador...

Con. Cada silla de posta que llega, pone en movimiento á todo el pueblo. Esta mañana llegó un charlatan muy bien vestido, y todos creian fuese algun Cortesano. Ahora acaba de llegar un Oficial en un calesin descubierto, todo lleno de polvo, y las gentes le atosigan con mil preguntas.

Caf. ¡Qué locos!

Con. El deseo del pueblo de ver á su Soberano, á quien ama, y la curiosidad, producen estos efectos, ocasionan las repetidas y freqüentes visitas, las equivocaciones y la impaciencia.

Caf. Aquí viene el Oficial, que ha llegado poco hace, segun dixisteis.

Con. Es de los nuestros. Lleva la divisa celeste como los Dragones de S. M. *Mirando hácia la calle.*

Sale el Emperador de incógnito, vestido de Oficial. se detiene á la entrada, y dice:

Oficial. Perdonad: ¿es esto Café?

Caf. Sí Señor, y yo soy su dueño.

Ofic. Hacedme la gracia de un vaso de agua.

Caf. Al instante. *vase.*

Ofic. Beso á Vm. las manos. *Al Conde.*

Cond. Dios os guarde.

Ofic. ¿Sois de esta Ciudad?

Con. Para lo que gusteis mandarme.

Ofic. Decidme, por favor: ¿Quántas leguas se cuentan desde aquí á los confines de Italia?

Cond. Seis leguas alemanas.

Ofic. ¿Que hora tenemos segun uso del pais?

Cond. Las cinco de Francia, que corresponden á las 24.

El Emperador saca su relox, y hace que lo pone en hora. Sale el Cafetero con un vaso de agua, la que bebe el Emperador, despues saca la bolsa, y le da una moneda.

Caf. Señor, no vendo el agua pura, sí café y demas bebidas.

Ofic. Cobraos, y despues traedme café.

Caf. ¡Un cequin! raras veces se ven por *Mirando la moneda.* aquí; y dudo tener suficiente para el cambio. *vase.*

Ofic. Perdonad, señor, y decidme: ¿cómo va esta direccion?

Cond. ¿De qué?

Ofic. En Gratz, de donde he salido, no habia caballos de posta: aquí tampoco: ¿que desórden es este? Yo quisiera proseguir mi viage.

Cond. Será dificil.

Ofic. ¿ Porqué ?

Cond. Os habrán dicho que se espera al Emperador, y todos los caballos estan embargados para él y su séquito.

Ofic. Me persuado que con pocos tenga bastante.

Cond. Será, segun decís. No ignoro que es un Señor que por lo regular viaja de incógnito, que no gasta pompa, que enseña á los Grandes á minorar su fausto y la incomodidad de sus Vasallos; sin embargo el buen órden y el respeto que se le debe...

Ofic. ¿Se halla en esta Ciudad el Director de las postas ?

Cond. Sí Señor.

Ofic. Desearia hablarle.

Cond. Yo lo soy, para serviros.

Ofic. ¿Vos sois el Conde de Stembergh ?

Cond. El mismo.

Ofic. Vuestra política corresponde perfectamente al carácter, que de vos me han pintado.

Cond. ¿ Quién ?

Ofic. Un Caballero de Gratz, del qual recibí ayer mil atentas expresiones en su propia casa. Por esta carta vereis...

Saca el Emperador una carta, se la da al Conde, quien la abre y dice.

Cond. Con vuestro permiso... *Lee* " El „ Dador de esta carta es un distingui- „ do personage, al que conocí por ca- „ sualidad... Se dignó de honrar mi „ casa, y aunque ha sido corto nues- „ tro trato, le tengo por el hombre „ mas amable por sus modales y es- „ píritu. Bien sabeis que rara vez me „ engaño en conocer á los hombres: „ viaja por recreo: no os arrepentireis „ de favorecerle, y podeis hacerlo sin „ algun recelo, en quanto se le ofrez- „ ca, y os quedará igualmente reco- „ nocido que vuestro fino amigo " El Vizconde Wesfe'. = Celebro gozeis la mas completa opinion de mi amigo el Vizconde.

Ofic. Igualmente deseo merecer la vuestra.

Cond. Ya la teneis grangeada. Mandadme, que yo haré por mi parte quanto sea dable en favor vuestro.

Ofic. Solo deseo una cosa de vos.

Cond. ¿ Qual es ?

Ofic. Dos caballos de posta para seguir mi viage.

Cond. Señor, me pedís cabalmente la única cosa en que no puedo serviros. Sois Soldado y sabréis mejor que yo lo que es la subordinacion á las órdenes superiores. Tengo la de vigilar que no se den caballos á nadie hasta nuevo aviso. Creo respetareis mis deberes, y no pretendereis que falte á mi ministerio.

Ofic. De ningun modo; pero este caso me incomoda muchísimo.

Cond. No obstante, todo se puede remediar.

Ofic. ¿ De qué forma ?

Cond. Yo tengo dos preciosos caballos, y un buen coche. Ni aquellos, ni este se hallan dedicados al cuidado del Gobierno, y los destino para serviros de ellos á vuestro gusto.

Ofic. Señor... *Cumplimentándole.*

Cond. Sin cumplimientos.

Ofic. Soy demasiado atento, y os repito las debidas gracias por vuestra expresion; pero siempre que hago algun viage, mi deleyte es correr mucho.

Cond. Mis caballos corren lo bastante.

Ofic. Repito mi gratitud; pero quando no los puedo tener de la posta, no acostumbro incomodar á nadie. Esperaré.

Cond. En este caso os suplico admitais el corto obsequio de mi casa.

Ofic. Deseo vivir con libertad. Ademas, que he dado órden en la posada de postas paraque se me preparen dos quartos. Sin embargo os quedo agradecido.

Cond. ¿ No quereis absolutamente hacerme el honor de emplearme en algo por vos ?

Ofic. Sola una gracia os he de merecer.

Cond. Disponed.

Ofic. ¿ Hay Tertulias en este pais ?

Cond.

Cond. Una hay que se considera la mas distinguida, por ser toda compuesta de Caballeros, los quales se juntan en un parage destinado á este efecto.

Ofic. ¿ Y esta noche la hay ?

Cond. Continuamente; y con motivo de esperar al Emperador, hay un magnífico aparato dispuesto, al que resuelven convidarle en caso que se detenga algunas horas.

Ofic. Tendria especial gusto, pues he de esperar, de ser introducido en ella.

Cond. Yo haré quanto sea dable por serviros. El paraje de la Tertulia no dista mucho de aquí, y ahora mismo voy (si me lo permitís) á hablar á vuestro favor.

Ofic. ¿ A hablar en mi favor ? ¿ Pues qué es tan dificil la introduccion de un Caballero decente ?

Cond. Os diré: estamos en un pequeño pais en el que cada uno pretende hacerse mas de lo que realmente es: y las preocupaciones estan mas arraygadas aquí que en otra parte.

Ofic. ¿ Cómo ?

Cond. Escuchad. Nuestra nobleza es muy vanidosa, y teme envilecerse si se aproxíma á alguno que no sea Título, y desafia á los mas nobles del universo á igualarla.

Ofic. Y en efecto ¿ son de la mas esclarecida nobleza ?

Cond. Ellos lo dicen y lo creen: y aquí son dueños de su opinion; pero vos siendo discreto, conocereis que el fausto y la impostura son indicios de una alma pequeña y de poco fondo, y que la verdadera nobleza es franca, generosa y sin preocupacion, y no necesita de estos miserables medios para distinguirse, engrandecerse y hacerse estimar.

Ofic. Segun vuestro discurso comprendo que la nobleza que gozan los que forman la Tertulia es quimérica.

Cond. La mayor parte son sugetos poderosos, que no ha mucho tiempo se han separado del comun del pueblo por medio de ciertos Diplomas que se consiguen por algun mérito, ó mas bien por el dinero. Estos en corto tiempo se han ensoberbecido, y se han hecho Condes y Barones. Sin embargo de que algunos de ellos conservan en las manos los callos que adquiriéron en sus oficios. Entre ellos hay algunos que tienen una serie de ascendientes nobles y de una sangre limpia; pero son muy discretos, humanos, bondadosos, y se rien del engreimiento de sus nuevos compañeros.

Ofic. Vuestras expresiones excitan en mí un nuevo deseo de conocerlos. Hacedme esta gracia.

Cond. Esperadme aquí, que al momento vuelvo. *vase.*

Ofic. Este es el único estado que me place: observar y ver todo lo que puedo sin darme á conocer. Exâminar por mí propio los vicios y virtudes de los hombres, es el objeto de mis cuidados.

Entra la Condesa de Valsingher servida por el Caballero Brom.

Condesa. ¿ Juzgais que á estas horas habrá alguno en la Tertulia ?

Brom. Falta bien poco para anochecer, y no es malo anticiparse. (*El Oficial saluda y le corresponden mudamente.*

Condes. ¿ Y de qué sirve ser los primeros ? Esperemos un rato aquí.

Brom. Como gusteis.... Ehi ? *llamando.*

Sale el Cafetero. ¿Qué mandais, Señores ?

Brom Dos medias limonadas.

Caf. Al instante. Caballero, no me he olvidado de usted: *al Oficial.* luego le traeré el café. *vase.*

Condes. Este parece un Oficial forastero.

Brom. Varios dias se ven pasar Oficiales y Correos con motivo del viage del Emperador, y no acaba de llegar.

Condes. ¿ Sabeis quién es el Emperador ? No es amigo de comodidades ni de delicadezas: es capáz de llegar de improviso, y quando ménos se crea.

Brom. Nuestros Caballeros se lisongean de

de que S. M. honre nuestra Academia. A lo ménos el Presidente lo asegura.

Condes. Ahora que hablais del Presidente, ¿es cierto que su hijo se ha desposado con la hija de Egidio el Escultor?

Brom. Sí señora.

Condes. ¿Y su Padre qué dice?

Brom. Está desesperado, porque su hijo ha cometido semejante baxeza.

Condes. ¿Cómo baxeza?

Brom. ¿Pues no lo es casar un hijo de un *con realce.* Baron, con la hija de un Estatuario? *con desprecio.*

Condes. ¿Os olvidais que ese hijo de un *remedándole.* Baron, es sobrino de un Taonero, y que su nobleza dimana de un molino?

Brom. Yo no me acuerdo de cosas remotas, y solo me atengo á lo presente.

Condes. De este modo, ¿no os acordareis que vuestro Padre era un revendedor de cerveza? y sin embargo (hablando con todo respeto) vos sois Caballero.

Brom. ¡Bueno! Vuestra diversion es zaherir á la nobleza.

Condes. Tengo el grande defecto de acordarme de las épocas pasadas, y de hablar con verdad.

Entra el Cafetero con dos mozos: el uno trae las limonadas y el otro el café, y cada uno se dirige al suyo.

Caf. Aquí está la limonada... Señor, ahí teneis el Café. *al Oficial.*

Ofic. Perdonad mi curiosidad. ¿Quienes son aquellos señores? *al Cafetero.*

Caf. Caballeros del Pais. *La Condesa y el Caballero Brom se disponen para beber, el Oficial devuelve la taza quedándose con el platillo para beber de él.*

¿Qué no os gusta? ¿tiene alguna falta?

Ofic. Está excelente; pero nunca bebo mas que una taza.

Caf. Ahora os traerán el cambio.

Ofic. No lo admito: disponed de él á vuestro gusto.

Caf. ¿Un cequin por un café?... Yo estoy aturdido.

Brom. Tened. *al Cafetero.*

Caf. Allá voy.

Brom. Está muy mal hecha esa limonada.

Caf. Estos señores en todo hallan faltas, y luego pasa un mes y mas sin pagarme. *aparte.*

Brom. ¿Quién es aquel oficial? *por lo baxo.*

Caf. Señor, yo no cuido de indagar lo que no me toca, por tanto lo ignoro. *v.*

Entra Odoardo con inquietud, y se dirige al Oficial, y le dice.

Odoar. Perdonadme, Caballero, la libertad: si me lo permitis, gustaria deciros una palabra.

Ofic. Os escucharé de muy buena gana.

Odoar. Pero ha de ser con reserva y sin testigo.

Ofic. Como gusteis. (*Se levanta, y se retiran á un lado.*

Brom. Mirad: el hijo del Baron *habla con* el Oficial: sin duda le conocerá.

Condes. Puede ser.

Ofic. Me parece que estais muy agitado.

Odoar. Me asiste suficiente motivo para ello.

Ofic. Explicaos.

Odoar. Repito que perdoneis mi osadia: ¿sois acaso del séquito del Emperador?

Ofic. Yo no soy del séquito de nadie: tan solo me sigo á mí mismo.

Odoar. ¿Sabeis al ménos si pasa por aquí, y quando?

Ofic. ¿Para qué lo deseais saber?

Odoar. Para echarme á sus augustos pies é implorar su clemencia.

Ofic. ¿Por qué motivo?

Odoar. Porque me interesa tanto como mi vida.

Ofic. ¿Quién sois?

Odoar. Soy hijo de un Padre que quiere prefiera á mis deberes los principios quiméricos de su nobleza... pero es inútil contaros mi situacion, si no podeis ayudarme.

Ofic. ¿Quién sabe?... sosegaos... Todo e[s] posible... Quizá pueda daros luces... Me pareceis un jóven honrado, y quizá... ¿Quereis fiaros de mí?

Odo.

Odoar. ¡Ah, Señor! Yo recurro á todos los buenos. Si sois vos, como lo creo, uno de ellos, no tengo la menor dificultad en manifestaros mis cuidados.

Ofic. Atended. Ahora no tengo suficiente tiempo, ademas que pretendo evitar que nos vean. Tomaos la molestia de venir esta noche á la posada de las postas á las diez, y sino estuviese esperadme. Os prometo, y aun aseguro que si vuestra situacion merece favor, no me habreis hablado inútilmente.

Odoar. Vos animais mis esperanzas. Iré sin falta, y allí lo sabreis todo. Mi corazon me anuncia que vos teneis conexîon con el Emperador, y que el cielo os ha traido aquí para mi consuelo.

Ofic. Suspended vuestra imaginacion. Yo no soy lo que pensais; pero sí amigo del honor, y conozco el verdadero camino de protegerlo; idos.

Odoar. De todos modos soy vuestro, y espero con impaciencia el feliz instante... *vase.*

Condes. Caballero, vos sois mas antiguo aquí de lo que yo creia. *acercándose.*

Ofic. Madama, ¿por qué?

Condes. Veo que conoceis alguno de los nuestros. *mirándole.*

Ofic. La casualidad lo ha dispuesto así.

Condes. ¿Venís de Viena? (*Mirándole con mayor atencion.*

Ofic. Sí señora.

Brom. ¿Podriais darnos algunas noticias?

Condes. Caballero Brom, reparad...

Brom. ¿En qué?

Condes. Este señor Oficial tiene un ayre... á la verdad se asemeja al Emperador.

Brom. Ah, ah, ah, ¡al Emperador!.... Este es el acostumbrado golpe de adulacion... Quando se pretende elogiar á alguno, se compara su fisonomía á la de algun grande.

Condes. No tengo necesidad de adular á nadie, y mucho ménos á este Caballero; pero á mis ojos se le parece. *con enfado á Brom.*

Ofic. ¿De dónde deducís eso?

Condes. De un retrato que tengo en casa.

Ofic. ¿Vos os burlais?

Condes. No burlo... Vuestra fisonomía... el peinado...

Brom. Condesa no seais así; y ¿qué tiene de extraño el peinado para...

Condes. Callad. Quiero decir lo que me agrade: vos no sois mi Méntor. (*con enfado.*

Ofic. Vos la habeis desazonado, y me habeis privado de oir la comparacion que lisongeaba sensiblemente mi amor propio.

Brom. Siendo así, os dexo en libertad, pero espero se servirán avisarme quando se concluya la comparacion agradable. *se retira á sentarse.*

Condes. ¡Qué impolítico! Me dexa sola y se hace ridículo.

Entran el Conde de Stembergh y el Baron Naiman Presidente.

Conde. Perdonad, Señor, mi demora. Aquí teneis al Presidente de la noble Asamblea, que ha querido venir conmigo, y desea conoceros.

Presid. Beso á Vm. la mano.

Ofic. Señor, este es demasiado honor. Mi solicitud, Señor, es pasar una hora en su Tertulia, sino hay inconveniente.

Presid. Por mi parte haré quanto pueda. Pero deseo saber que estado tiene usted. Me hallo encargado de sostener nuestras constituciones, evitando todo abuso.

Ofic. Está muy puesto en razon.

Presid. Con que así dígnese Vm. de decirme quién es.

Ofic. Un Soldado.

Presid. Eso ya lo veo. ¿Pero quáles son sus títulos de Vm.?

Ofic. Los de un Soldado.

Presid. No bastan: es preciso alguna graduacion, una distincion.....

Ofic. Aquí la teneis.

Presid. ¿Dónde?

Ofic. En este uniforme respetado por todos los Vasallos del Emperador,

Presid. ¿Sois Oficial graduado?

Ofic. Soy Soldado.

Presid. Pero es preciso algun grado mas, para satisfacer á mis compañeros.... algun distintivo....

Ofic. Miradle. (*Descubre el pecho.*) Aquí teneis dos heridas adquiridas en la batalla de Inspruch. Haced presente su mérito á la noble Junta, y decidla que entre tanto que se divertia, yo adquiria estos grados de nobleza, defendiendo sus hogares, bienes y vidas.

Presid. En tales casos qualquier soldado puede decir lo mismo: pero á bien que si él nos sirve, nosotros le pagamos.

Ofic. ¡Bien! Es respuesta verdaderamente digna de un Caballero como vos. *con ironía.*

Presid. Con que en suma, ¿no teneis mas que decirme?

Ofic. ¿Pues no es suficiente?

Presid. No; y así no puedo admitiros.

Condes. Reflexîonad:...

Presid. ¿Qué he de reflexîonar?.... Vos no lo ignorais: sino es Título, ó al ménos Capitan, no tengo arbitrio, ni puedo derogar los principios. Lo siento; pero no puedo serviros en la admision. A Dios. *vase.*

Brom. ¡Quanto me alegro!

Cond. Esto es un agravio, que se hace á mi persona. *alterado.*

Ofic. No os altereis: yo lo sufro, y me rio.

Condes. El Presidente es muy vano.

Ofic. Segun veo, ¿esta será una sociedad de los mas grandes del Reyno?

Condes. De grandes bestias.

Brom. Condesa, ¿cómo hablais?

Ofic. No os altereis por mi causa. Yo respeto las convenciones, y de nada me ofendo.

Condes. Con ingenuidad: ¿teneis gusto de venir á la Tertulia?

Ofic. Si pudiera ser impunemente, os confieso que este acaso me ha excitado un vivo deseo.

Condes. Dadme el brazo, y venid.

Ofic. Y si despues....

Condes. Despues, ¿quién será el osado que os insulte en mi presencia?

Ofic. Esta sí que es perfecta Dama y de ilustre sangre.

Condes. Soy viuda de un Oficial, y en los agravios que se hacen á un Soldado me intereso.

Ofic. Celebro haber encontrado tan buena protectora.

Condes. ¿Quereis venir ó no?

Ofic. Suceda lo que quiera: á vuestro gusto cedo.

Condes. Favorecedme.

Ofic. Yo soy el favorecido, y os sirvo con el mayor gusto. (*Le da el brazo y se van.*

Brom ¡Brabo! ¡viva! Se ha olvidado de mí. ¡Ingrata! Aseguro vengarme de tal injuria: voy á adelantarme, y contar este caso á la noble Sociedad.

ACTO SEGUNDO.

Magnífico Salon con mesas de juego: dos luces en cada mesa, y muchas sillas aparecen el Baron Volfen, y la Baronesa Stolen sentados á una mesa: la Baronesa Stolen está leyendo: en otra mesa la Baronesa Wilta con el Baron Splinn, y otras varias Damas y Caballeros, como en tertulia, conversando y jugando.

Despues de una pausa.

Volfen. Suplícoos me digais, si habeis venido á leer, ó á conversar.

Stolen. Callad.... al instante estoy con vos. Este libro es muy estimable, *le cierra, y le guarda.* es mi única delicia. le mandé traer de Viena, y es un pequeño tesoro.

Volf. Frioleras.

Stol. ¿Le habeis leido?

Volf. Yo no: quando abro algun libro me molesta, y me incita al sueño.

Stol. ¡Oh! os privais de un grande gusto.

to. Yo siempre llevo conmigo alguno, y quando tengo algun momento libre me pongo á leerle. Este quizá le he leido veinte veces, y lo mismo hago con los demas, y los prefiero si tratan de filosofía.

Volf. ¡ Gran palabra !... *ap.* Esta apénas sabe leer, y ha aprendido á ser filósofa, y yo que he estudiado quatro años soy un asno con albarda.

Stol. La filosofía es mi única pasion.

Volf. ¿ Y de qué filosofía trata este libro ?

Stol. Básteos saber que enternece y arranca las lágrimas; principalmente quando trata de los amores del Caballero de la muerte. Aquí, aquí se aprende el cariño, la estimacion y servidumbre que los antiguos Caballeros andantes daban á sus Damas. En fin es un libro que deberia servir de modelo á todos los hombres.

Volf. Baronesa, qué decis? ¿ con qué es un libro de filosofía, y trata de amores ?

Stol. Y qué, ¿ son acaso incompatibles la filosofía y el amor ? Tened entendido, si no lo sabeis, que este es la parte esencial de aquella, y que no puede ser perfecto filósofo, quien no sepa amar.

Volf. Ahora comprendo el motivo por que no tengo dicha con las Damas.

Stol. Aprended la filosofía, y todas os amarán.

Volf. Quedo enterado.

Splin. ¿ Habeis oido quantos disparates ha dicho la Baronesa ?

Wiltz. Tiene fanatismo de que es literata, y ensarta mil necedades.

Splin. Merece indulgencia. Sus principios... su educacion...

Wiltz. Digna de sus ascendientes. Manejaban la vigornia y el martillo en lugar de libros.

Splin. Callad, callad. No se hable de materias melancólicas... ¿ Qué es esto ? ¿ somos muy pocos esta noche ?

Volf. Aun es temprano: ademas que con motivo de esperarse al Emperador nuestras Damas estarán adornándose en el tocador.

Wiltz. Por eso yo no lo uso: mas vale un poco de gracia, que todas las composturas del mundo. Naturaleza, naturaleza, y *sanfazon.*

Volf. ¡ Oh ! No todas tienen el modo de pensar que la Señora Baronesa Wiltz.

Wiltz. Por que son muy feas, Señor Baron Splin, y quieren desmentir sus defectos.

Stol. Oid: ¿ no veis como critica á las demas ? ¡ que loca ! Ella está empeñada *á Volfen.* en que es hermosa, y parece el retrato de un plenilunio.

Volf. Cuidado no os oyga.

Stol Yo soy ingenua.

Volf. ¿ Y esa ingenuidad es tambien un ramo de filosofía ?

Stol. Sí señor: en este mundo todo es filosofía.

Volf. Viva pues la murmuracion filosófica.

Splin. Aquí viene el Presidente.

Sale el Presidente.

Stol. ¿ Quién es el forastero que desea el honor de venir á nuestra Tertulia ?

Presid. Lo ignoro. Me admira que el Conde me propusiese un personage incógnito.

Wiltz. ¿ Lo habeis admitido?

Presid. ¡ Qué ! ni pensarlo.

Wiltz ¿ Y con que título pretendia...? ..

Presid. ¿ Qué sé yo ? El juzgó abrirse camino con una brabata al estilo militar. Yo le pedí pruebas convincentes de su nobleza y condicion, y no supo responderme.

Stol. ¿ Qué, no es Caballero ?

Presid. Es un oficial de fortuna, al qué en las pasadas guerras un cañonazo favorable le habrá proporcionado la vacante: algun sargento ascendido á oficial por rara casualidad.

Wiltz. No hay la menor duda de que quando no alegó algun noble rasgo de parentela ó título suyo, será así.

Stol. Habeis procedido con cordura en

 no

no admitirle.

Wiltz. Juguemos.

Stol. Los cientos es mi juego favorito.

Wiltz. Cara á cara me divierto mas.

Stol. Sea como gusteis, con tal de no gritar.

Wiltz. ¿Qué decís? yo soy dócil como un corderito.

Presid. ¡Qué inquietud padezco, desde que me han dicho que mi hijo vuelve á casa de su enamorada! Es preciso cortar este trato, y castigarle.

Sale el Caballero Brom.

Brom. Señores, traygo una gran novedad.

Stol. ¿Quál es?

Brom. A nuestro pesar tendrémos aquí al Oficial extrangero.

Presid. ¿Cómo?

Brom. La señora Condesa pone en ridículo nuestra circunspeccion. Asida de su brazo le conduce muy ufana y satisfecha de su desprecio para con nosotros, y de su proteccion para con él..

Wiltz. ¡Brabo!

Presid. Este es manifiesto agravio á todos, y una ofensa á mi carácter.

Volf. La Condesa se arroga demasiadas facultades, y no guarda respeto, ni subordinacion.

Stol. Añadid que es fatua. Quando ve oficiales ú extrangeros, luego se agrega á ellos, y pretende darles á conocer sus gracias.

Wiltz. No sabe sostener su grado.

Stol. No tiene reserva alguna.

Wiltz. Desestima su propio decoro, y no sabe portarse como Dama.

Splin. Eso no es verdad.

Wiltz. Qué, ¿quereis desmentirme?

Stol. Señora, teneis razon: no estima su decoro, ni se porta como Dama.

Presid. De ningun modo permitiré su libertad; ni consentiré que el Oficial entre en esta sala.

Stol. ¿Qué quereis hacer?... Aquí es preciso reportarse, usar mucha política, y no exponerse.

Wiltz. Conoceis los Militares. Una sola palabra les es suficiente para desembaynar la espada, y no es regular exponeros á que os mate.

Presid. ¿Qué harémos pues?

Stol. Dexadme gobernar á mí este lance.

Presid. Bien.

Stol. Si quereis que nos venguemos, hemos de estar todos quietos sin movernos de nuestra silla: en fin, miradme á mí, executad lo mismo que yo, y no temais.

Presid. Pero yo me hallo tan irritado, que...

Stol. Esta sola vez dexadme hacer á mí, y quedareis satisfechos.

Wiltz. Aquí vienen.

Stol. Callad, y nadie responda: cada uno á su silla, y finjamos que no los vemos. *Todos se sientan, y hablan unos con otros sin hacer caso.*

Salen la Condesa de Valsingher de brazero con el Oficial y el Conde de Stembergh.

Condes. Bésoos las manos, Caballeros.

Ofic. Servidor de esta noble union.

Conde. A los pies de ustedes Madamas.

Condes. Me he tomado la libertad de arbitrar á favor de este Extrangero. El no debe estar sugeto á las condiciones... ademas que un Oficial siempre es noble.

Cond. Suplicamos por esta sola vez la concesion, y confio se nos otorgará.

Condes. ¿Como lo pasa Vm., amiga Baronesa? *acercándose á la Baronesa de Stolen.* Señor Oficial, acercaos... Aquí teneis una de las mas amables y distinguidas Señoras.

Ofic. Es singular mi complacencia en conocerla, y tributarla mis obsequiosos respetos.

La Baronesa de Stolen se acerca con su silla á la mesa, dándoles la espalda á la Condesa y al Oficial, y éste dice.

No habla. *á la Condesa.*

Condes. Está distraida con el juego: es *al Oficial.* preciso disimularla... ¿No contextais á este

este Caballero, que tiene por inmenso favor el cumplimentaros? *á Stolen.*

Stol. Gracias. *sin mirarles y con despego.*

Ofic. Y á Vm., noble Señorita, ¿cómo la trata el juego? (*hace la misma accion, que ántes hizo la Stolen.* *à la Baronesa Wiltz.*

Qué, ¿son mudas estas señoras? *á la Condesa.*

Condes. No señor, ántes bien las mas veces hablan demasiado.

Stol. ¿No oís la atrevida? *ap. á Volfen.*

Ofic. Este silencio de mancomun me vaticina alguna extrañeza. *ap. separándose*

Condes. Acercaos otra vez, señor Oficial, que confio no las hallareis impolíticas ni vanas.

Stol. ¡Maldita seas! *ap.*

Ofic. Yo no osaré preguntarias cosa alguna... sin embargo...

Se pone al lado de la Baronesa de Stolen, esta se aparta, y con bastante desprecio da á entender que el Oficial la incomoda.

Perdone Vm. ¿La incomodo acaso?

La Baronesa repite la misma accion.

si la molesto...

Se levanta la Baronesa de Stolen, toma el brazo del Baron Volfen, y se van haciendo una cortesía, diciendo ántes.

Stol. Servidora de Vm. *vanse.*

Brom. ¡Muy bien!

Ofic. Se ha marchado. *á la Condesa.*

Condes. ¡Eh! No es extraño. Aquí se marchan, y vuelven sin cumplimiento. *con ironía.*

Es moda del país.

Wiltz. ¡Doctora!... lo verás, lo verás. *ap.*

Ofic. Al ménos espero que Vm. sea mas condescendiente. *acercándose á la Baronesa Wiltz.*

Se levanta, toma el brazo del Baron Splin, hacen cortesía, y dice.

Wiltz. Muy señor mio. *vanse.*

Brom. ¡Brabo! ¡bueno!

Condes. ¡Ah desatentas! Ahora conozco que es concierto, y que se han picado. *ap.*

Ofic. Segun veo, tengo poquísima dicha con estas Damas.

Brom. Solamente me alegro por su gran protectora: ah, ah.

Ofic. No obstante, si tengo desgracia con las Damas, confio no tenerla con los Caballeros. ¿Es verdad Señores mios? Espero que Vms. mas atentos y discretos perdonarán.... *se levantan el Presidente y el Caballero Brom, y despues de decir,*

Brom. Beso á Vm. las manos. *cortesía y v.*

Presid. Servidor de Vm. *idem.*

Detras de estos se irán todas las Damas y Caballeros de brazero haciendo su cortesía.

Ofic. Vaya, vaya: ¡poquito á poco hemos quedado solos! *admirado.*

Condes. Mas vale así que mal acompañados.

Ofic. ¿De qué deriva tan impolítico cumplimiento?

Cond. Ya podeis imaginarlo. Habeis venido como clandestinamente, á pesar de todos, y sin títulos; y por consiguiente sois reo de lesa nobleza.

Condes. No hagais aprecio de semejantes locos, compadecedlos; y admitid, si os agrada, el respeto que el Conde y yo tributamos á una persona que sirve al Estado. Las preocupaciones son mayores, y estan mas arraygadas en la nobleza moderna y en las personas que no han practicado en el mundo, que en aquellas que desde la cuna son ilustres, y estan educadas como tales: quiero decirlo así aunque ofenda á mis patriotas: con el tiempo y la experiencia se refinarán. Ahora se hallan ufanos con sus vanos títulos comprados, y esto descompone su imaginacion; pues preocupados de la idea de la grandeza, desconocen la perfecta nobleza; pero llegará dia en que conozcan su esterilidad, y preferirán las buenas acciones á sus mismos títulos.

Ofic. Vuestro sabio discurso, manifiesta la verdadera nobleza, y me hace olvidar

vidar el pequeño desprecio que he tolerado.

Condes. Para manifestaros mi total afecto, os ofrezco mi casa. En ella no encontrareis luxo en los muebles, sí un sincero y cordial recibimiento: dignaos aceptarlo, y el señor Conde nos acompañará.

Cond. Con sumo gusto.

Ofic. Agradezco vuestra oferta; mas no puedo aceptarla: estos Señores quizá ofenderian con indiscreta murmuracion vuestro honor, y yo debo guardar todos los respetos, evitándola á una Dama que ha sabido merecer mi estimacion.

Condes. Decís bien: yo no preveia tal accidente: quedemos aquí hasta que os agrade.

Ofic. Poco tiempo será; pero decidme ¿de donde nace la propension que manifestais á mi favor?

Condes. De la buena opinion que tengo formada de todos los militares, que saben unir al grado, la virtud y el honor. He conocido á muchos, cuyo norte era el honor, y mi marido era uno de estos.

Ofic. Celébro haber encontrado la esposa de un honrado Oficial.

Condes. Decid la viuda.

Ofic. ¿Con qué perdisteis vuestra apreciable compañía?

Condes. En la batalla de Lintz... Allí se cubrió de honor y de heridas. *Con sentimiento.*

Cond. Bien habreis oido nombrar al Mayor Valsingher.

Ofic. Sí: ¿y era vuestro esposo?

Condes. Si le habeis conocido mirad si es justo mi afan por su pérdida.

Ofic. ¿Sí le he conocido? No hay quien ignore su virtud y valor. El peleó dos veces en mi coluna, sirviendo de escudo á su Soberano, y yo fuí herido una vez á su lado.

Condes. Vos me haceis verter las mas tiernas lágrimas hablando de esta suerte de mi esposo.

Ofic. Os compadezco. No os enternezcais. El era muy amado de todos, y estimado del Emperador.

Condes. Parece sin embargo, que le ha olvidado.

Ofic. ¿Por qué razon?

Condes. No ha sido muy generoso con su viuda é hijos.

Ofic. ¿Qué decís? pues yo sé que el Emperador habia dado unas órdenes...

Condes. Habrán sido mal entendidas. Muchas veces el Soberano no puede acordárse de todo, y sus Ministros son algo descuidados en recordarle las personas que él estima.

Ofic. Siento infinito lo que decís. ¿Y quantos hijos ha dexado el Mayor?

Condes. Dos.

Ofic. ¿Qué edad tienen?

Condes. El uno diez años y el otro doce.

Ofic. ¿En qué se emplean?

Condes. Estudian la profesion de su Padre esperanzados de poderle imitar; pero es preciso que su Soberano los conozca.

Ofic. Señora creedme, los conocerá. El Soberano jamas se olvida de los que tienen en su abono los méritos de sus padres, y voluntad de servirle. Deseo ver vuestros hijos.

Condes. Pues separad toda etiqueta, y venid á honrar mi casa.

Ofic. Esperad... Tengo precision de cumplir una palabra dada á cierto sujeto, cuyo estado no permite demora; despues pasaré á vuestra casa. Os doy palabra de no marcharme sin ver á vuestros hijos... Entretanto informadme, si lo sabeis, si reside en *saca un libro de memorias.* esta Ciudad, un Escultor de mármoles, que se llama Egidio.

Cond. Sí señor.

Ofic. Tengo un vivo deseo de conocerle. Es un hombre célebre en su profesion.

Cond. ¿Célebre?... Ignoro lo sea. lo que sé.

sé es, que vive en la obscuridad, y que apénas se le conoce en su mismo pais.

Ofic. Lo que comunmente sucede. El hombre grande jamas es apreciado como merece, y mucho ménos en su Patria; pero deseo verle.

Cond. Si gustais, os acompañaré á su casa.

Ofic. Estimo vuestra cortesanía, y la admito: así con mas satisfaccion pasarémos de la tertulia de los Barones ilustres, á la de los Plebeyos.

Sale el Cafetero.

Caf. Con permiso.

Cond. ¿Qué se os ofrece?

Caf. Ha llegado á mi casa un correo que le busca á V. S. con la mayor prisa: apénas entró se echó sobre un canapé muy cansado y sin aliento.

Cond. ¿Y qué?

Caf. Segun dixo, trae un pliego con órden expresa de entregarle en manos de V. S. Así que se recobró un poco le he traido aquí.

Cond. Que entre. *vase el Cafetero.* Con vuestro permiso. *al Oficial, y á la Condesa.*

Ofic. Cumplid vuestro deber.

sale un correo.

Corr. ¿Es V. S. el Señor Conde de Stembergh?

Cond. El mismo.

Corr. Aquí tiene V. S. este pliego.

Cond. ¿De donde venís? *tomándole.*

Corr. De Gratz. En quatro horas y quarto he corrido quince leguas alemanas.

Cond. ¿Quién os despachó?

Corr. El Vizconde Wesfel.

Cond. No hace mucho recibí otra carta suya por mano de este Caballero.

Corr. Quizá esta sea mas interesante.

Cond. Tomad: id á descansar y esperad mis órdenes. (*le da algunas monedas.*

Corr Beso á V. S. la mano. *vase.*

Ofic. ¿El Vizconde de Wesfel?

Cond. Nuestro amigo. Sin duda el asunto interesará. Permitidme. *abre el pliego.*

Ofic. Escusad cumplimientos.

Cond. lee " Amigo, debo advertiros que
" no conocí bien á la persona que
" ayer os recomendé; para lo que
" os despacho con mucha prisa un
" Correo, á fin de que le deis el de-
" bido tratamiento, pues es nuestro...
Queda suspenso mirando á el Oficial y ¡O Dios! *se le cae la carta.*

Ofic. ¿Qué teneis? ¿os ha sucedido algun infortunio?

Condes. ¿Qué es eso, Conde? ¿os comunican alguna infausta noticia?

Cond. No ciertamente. *recoge trémulo la carta, y sigue leyendo, el Oficial y la Condesa se apartan admirados, y hablando los dos.*

lee " No conviene se sepa que yo os lo
" he avisado: con vuestro gran di-
" simulo podeis tratarle como quien
" es. Vuestro Amigo, &c." *vuelve á mirar al Oficial, baxa los ojos, da señas de temor, retrocede algunos pasos y el Oficial se acerca y le dice.*

Oficial. Amigo, ¿qué os inquieta esa carta? parece que os ha agitado demasiado?

Cond. Señor... *con respeto y confusion y á media voz.*

Ofic. Si esta carta os diese alguna no- *baxo á él y de prisa.* ticia de mí, segun presumo, os impongo el mas riguroso silencio en todo. *se saca un anillo del dedo, y se le pone en los labios al Conde.*

Cond. Yo os obedeceré; pero el respeto...

Ofic. Nada, nada.

Condes. ¿Qué significan tantos misterios? *ap.*

Ofic. Pues la suerte me ha proporcionado el conocer á un hombre de mérito, estimémonos recíprocamente.... Servios de acompañarme á la casa del Escultor de quien os he hablado.

Cond. Con mucho gusto os obedezco.

Ofic. Señora os repito mis expresiones y ofrecimientos. Hasta despues.

Con-

Condes. Bésoos la mano, y súplico no me olvideis.

Ofic. Disponed de un amigo vuestro, que estima de veras vuestra sinceridad y virtud. *vas.*

Cond. Amiga Condesa, os doy la enhorabuena, y deseo paseis feliz noche. *hace que se va.*

Condes. Por favor, Señor Conde. *le detiene.*

Cond. ¿Qué quereis?

Condes. ¿De qué me dais la enhorabuena?

Cond. Nada sé.... no faltándoos penetracion... podeis adivinarlo y gobernaros... *vase.*

Condes. Todo coadjuva á verificar mis dudas. Su trato, su fisonomía, su Magestad, la carta, la sorpresa del Conde... en fin todo manifiesta que este Caballero Oficial es mucho mas de lo que aparenta... ¿No fuera dable que fuese nuestro Emperador?... Todos sabemos que gusta de viajar sin fausto ni comitiva, de incógnito... La desgracia de estar este pais tan retirado de la Corte... y creo que haya muy pocos en esta Ciudad que hayan visto su persona sino en retratos... Y bien, si fuese el Emperador... ¿Acaso he faltado en algo?... ¿He vertido alguna expresion? Pues bien, si es así, debo estar tranquila.

Salen segun se entráron las Baronesas Stolen, y Wiltz, el Caballero Brom, el Baron Volfen, y el Presidente.

Wiltz. ¿Adonde está el forastero?

Stol. ¿Se ha concluido ya la conversacion?

Condes. Sí, Señores.

Presid. Condesa, os habeis arrogado una libertad sin exemplar.

Condes. Me agrada.

Presid. Y á mí me disgusta.

Stol. ¿Que os agrada la conversacion del Oficial? *con desprecio.*

Brom. La Condesita es muy amante de la Milicia. *con intencion.*

Condes. Refrenad la lengua, y no ofendais á quien no conoceis.

Wiltz. ¡Qué amenazar!...

Brom. ¡Ay, ay como se ha envanecido por un quarto de hora que ha tenido conversacion con un Oficial!

Wiltz. Mirad como se ha alterado.

Stol. Y con razon; pues con la proteccion de un soldado...

Condes. Ea callad, que ignorais lo que decís: si conocierais el peso de vuestras expresiones, no hablariais de ese modo.

Stol. Gracias por el aviso.

Condes. Bésoos las manos. *yéndose.*

Wiltz. ¿Que os vais?

Condes. Sí.

Stol. ¿A ver el Oficial?

Condes. Haré lo que guste.

Wiltz. La verdad, ¿le conoceis?

Condes. Aun no, pero en breve espero conocerle.

Stol. Sí, sí: y nos direis quien es tan digno personage.

Condes. Si es cierto lo que pienso, puede que os cause rubor su presencia... y...

Brom. }
Wiltz. } ¿Rubor? ja, ja, ja. *riendo.*

Stol. Proseguid.

Condes. Dexadme. *partiendo enfadada.*

Stol. Vaya, aclarad ese enigma. *riendo.*

Condes. Mas vale no responderos: teneis razon en reiros ahora, pero quizá no tardaré mucho en reirme de vosotros. *vase.*

Stol. Es preciso humillar á esta vanidosa y soberbia.

Presid. ¿Qué le parecerá que es un Oficial?

Wiltz. Es una loca, llena de afectacion.

Stol. ¿Y vos podeis aguantarla?

Brom. En este instante la olvido, y me avergüenzo de haberla amado. *vase.*

Wiltz. A bien que nosotros tenemos mas dinero que ella, y la haremos arrepentir de su orgullo.

Stol. Sí, sí, vamos á buscar medios de abatirla, que se arrepienta, llore y desespere.

AC-

ACTO TERCERO.

El Teatro representa un Taller de Escultor en el que se ven trozos de mármol, grupos y Estatuas en bosquejo. Aparece Egidio, con gorro en la cabeza, vestido de corto, y en chinelas, sentado sobre un pequeño pedazo de mármol, mirando un papel de dibujo, que estará sobre otro peñasco mas alto que le sirve de mesa con velon encendido. Se levanta con el dibujo en la mano derecha, coge con la izquierda el velon, y va á exâminar el grupo, cerca del qual hay otro velon encima de otro pedazo de mármol. Confronta con el dibujo, y despues de exâminarle por todas partes dice.

Egid. El dibujo está perfectamente executado... *vuelve, coloca el velon en su lugar, y coge otro dibujo, y habla consigo.* Este tambien saldrá perfecto... Y bien Egidio, luego que hayas concluido tu obra, ¿qué premio lograrás? Unos la criticarán.... Otros la alabarán (aunque serán los ménos, porque no conocen el mérito) y á tí te quedará un patrimonio de críticas y alabanzas, y la obra á tus expensas... eh... Bueno... esta es *viendo venir á Luisa con plato y botella.* mi cena: ponlo ahí.

Luisa. ¿Y quereis cenar aquí esta noche?

Egid. Sí, y de aquí no me separo hasta concluir mi por... quiero decirlo; mi portentosa obra. Tú no ignoras el porque he emprendido este tan dificil trabajo; y si se pasa la ocasion que espero, inutilizo el tiempo que gasto, y las demasiadas fatigas que me cuesta.

Luisa. ¡Ah, mi amado Padre!... Si al ménos el destino se mostrase mas venturoso...

Egid. No desconfies, hija mia: somos muy dichosos; pues no padecemos (á Dios gracias) remordimientos..... Anda, ve á cenar con Lucía.

Luisa. No tengo ganas.

Egid. Pues vete á dormir.

Luisa. No es para mí ya el sueño ni el descanso.

Egid. Hija mia, vaya no llores; yo dentro de mí siento un presentimiento de que todo se compondrá.

Luisa. Y yo... ¡Ah! dexadme llorar; pues *se enjuga los ojos con el delantal.* tengo suficiente motivo para ello. *vas.*

Egid. ¿De qué sirve la virtud sin títulos? Ella no produce mas que sentimientos estériles y disgustos... ¿Cómo puede ser, que... pero yo no he nacido para consumirme entre aflicciones. Gracias al todo poderoso, la naturaleza me ha concedido un temperamento alegre, y si alguna vez me altero, ó pongo serio, es forzado. El hombre jovial vive mucho mas que el hipocóndrico, y mucho mejor.

Sale Lucía.

Lucía. Señor Egidio, señor Egidio.

Egid. ¿Qué hay?

Lucía. El Conde de Stembergh llamó á la puerta acompañado de un Oficial forastero, el que dixo que desea veros. *vase Lucía.*

Egid. Que entren en horabuena... ¿Qué puede quererme á estas horas el forastero?

Salen Lucía y el Oficial.

Ofic. ¿Sois vos Egidio el Escultor?

Egid. Para serviros. *se levanta y se quita el gorro.* ¿Y el Conde? *á Lucía.*

Lucía. Se fué

Ofic. Despues volverá. Yo lo espero aquí. Perdonad si la hora es incómoda; pero no tengo otra mejor, pues he de partir mañana, y no quiero marcharme sin el gusto de haberos conocido.

Egid. Os doy muchas gracias.

Lucía. ¡Un Oficial! Como me gustan estos uniformes.... Me embeleso en contemplarlos.

Egid. Señor, tomaos la pena de pasar á otro quarto, que estaremos con

mas

mas decencia.

Ofic. No, no: ¿ Dónde quereis hallar mejor lugar que este, que manifiesta vuestras glorias ? Bien estamos aquí entre los monumentos del genio y del arte.

Egid. Vos me sonrojais. Yo no soy mas que un miserable artífice, con vivos deseos de ser mejor de lo que... Siento que tampoco puedo ofreceros un asiento... Lucía, anda, tráete unas sillas.

Ofic. No os incomodeis. *á Lucía.* ¿ Qué mejor asiento que uno de estos, que ántes de mucho vuestro cincél *se sienta sobre un pedazo de mármol.* animará ? Estoy bien; sentaos, y tratarémos como amigos.

Egid. ¡ Demasiada bondad !

el Oficial advierte la atencion con que Lucía le mira y el regocigo que la inspira su vista, y dice:

Ofic. ¿ Qué haceis bella muchacha... me mirais con mucha atencion ?

Lucía. Me avergüenzo... *se cubre la cara.* Servidora de Vm. *parte.*

Ofic. Escuchad.

Lucía. No puedo. *con sencillez.*

Ofic. ¿ Por qué ?

Lucía. Me he puesto colorada.

Ofic. Quiero me digais el motivo, porque con tanta atencion me mirábais.

Lucía. Perdonad: no lo he hecho por impolítica, pero.... la curiosidad... mi genio...

Ofic. Acabad.

Lucía. ¿ He de decirlo ?

Ofic. Con franqueza.

Lucía. Pues os miraba...

Ofic. Por qué ?

Lucía. Porque me gusta en extremo ese vestido, y mucho mas quien le lleva. Quedad con Dios. *vase.*

Egid. Perdonad su sencillez.

Ofic. Me gusta y divierte; pero no quisiera seros molesto.

Egid. Al contrario, me honrais.

Ofic. ¿ Cómo os va ?

Egid. Como á un Escultor de nuestros tiempos.

Ofic. ¿ Que quereis decir ?

Egid. Pobre y alegre.

Ofic. ¿ Vos pobre ?

Egid. ¡Qué maravilla! Pues qué, ¿ ignorais que de dos siglos á esta parte la Pintura, Escultura y Poesía son el blanco de la miseria ?

Ofic. Es muy cierto, pero eso se entiende con los malos, no con los buenos artistas como vos.

Egid. ¿ Quién os ha dicho que yo soy de los buenos ?

Ofic. Vuestras obras.

Egid. ¿ Habeis visto alguna de ellas ?

Ofic. Sí.

Egid. ¿ Y dónde ?

Ofic. En los jardines Imperiales de Viena.

Egid. ¡ Ah ! sí, es verdad. Hace algun tiempo que me compráron dos estatuas por cuenta de la Corte (segun me dixéron) la una era la del buen Alberto el primero, y la otra de Rodulfo.

Ofic. Todos las admiran, y el Emperador las estima.

Egid. Permitidme que os diga que no es así.

Ofic. ¿ Por qué causa ?

Egid. Por que si las hubiese apreciado no hubiera sido tan escaso en pagármelas.

Ofic. A mí me consta que por ellas se desembolsáron quinientos zequines.

Egid. Tanbien á mí me consta que recibí la tercera parte de la cantidad que decís.

Ofic. ¿ Es posible ?

Egid. Sí Señor.

Ofic. ¿ Y vos creeis que el Emperador haya procedido tan injusto ?

Egid. El Emperador es justísimo. No me queda la menor duda de que S. M. habrá pagado los quinientos zequines, pero yo no los he recibido. Sus Comisionados habrán tenido la bondad de retener tres cientos qui-

quines por economía, y lo restante entregarlo al artífice.

Ofic. Como puede... Desearia saber...

Egid. Eh, ya pasó: dexemos esta conversacion y no pensemos en melancolías. ¿Quién os induxo para que me vinierais á ver?

Ofic. El aprecio que hago de vuestro mérito.

Egid. Esta es la vez primera que oigo la alabanza sin disfráz en mi propia cara, mas por eso no me envanezco.

Ofic. ¿Teneis ahora muchas obras que hacer?

Egid. Casi ninguna.

Ofic. Extraño, y mas en un tiempo de tanto luxo, que no se haya introducido el que tanto favorece á esta bella profesion.

Egid. ¡Ay Señor! Los mármoles ya no son de moda... otro género de escultura reyna en el dia, que disipa los caudales, y patentiza la fantasía de los hombres. Mármoles... nada se aprecian... otros materiales bien diversos se requieren para hacer fortuna!

Ofic. Creo que teneis razon.

Egid. Tal me parece... ¡Ay señor!.... con mi profesion sola ya hubiera sido toda mi familia víctima de la necesidad.

Ofic. ¿Luego teneis otros haberes?

Egid. Un terreno fértil, aunque corto, que me dexó mi Padre.

Ofic. ¿Y estais disgustado con vuestra profesion?

Egid. Al contrario. Esta es la que han seguido todos mis ascendientes: y la considero como una virtud hereditaria de la familia, y la cultivo por genio, y por pasion.

Ofic. Vos necesitariais del apoyo de algun Príncipe para exercitar con mas comodidad y aprecio vuestro talento.

Egid. Ja, ja, ja.

Ofic. Qué, ¿os reis?

Egid. ¿No quereis que lo haga?

Ofic. ¿Por qué motivo?

Egid. Perdonadme; esas son las expresiones frias que se dicen á qualquier hombre de mérito en lugar de favorecerle y ayudarle.

Ofic. ¡Bravo! amigo: vuestra viveza é ingenuidad me gustan, y dan en el blanco de la verdad.

Egid. Este solo me infunde espíritu y *mirando y señalando la botella.* vigor. Quando tengo una botella, un pedazo de mármol y mi cincel, desafio al ócio y á la melancolía; engaño al tiempo, y estoy mas contento que un Rey.

Ofic. ¿Y qué teneis ahora entre manos.

Egid. Aquel grupo que veis allí. *señalando.*

Ofic. ¿Para quién debe servir?

Egid. Para mí, y para los bellos espíritus del siglo que se dignen mirarle.

Ofic. Tendria gusto de verle.

Egid. Al momento *toma el velon y le acompaña á ver el grupo.* acercaos; exâminadle, y decidme vuestro parecer.

Ofic. La obra me parece hermosa; pero yo no entiendo su significacion.

Egid. ¿Si tuviera la dicha de que el Emperador la viese?

Ofic. ¿Qué hariais?

Egid. Me atreviera á decirle al oido que tratase á los sabios modernos, y filosofos, del mismo modo que esta estatua á la otra que tiene debaxo de sus pies.

Ofic. ¿Qué representa esta figura triunfante?

Egid. La verdad.

Ofic. ¿Y la que está á sus pies?

Egid. La nueva filosofía confundida, á quien la pura verdad quita la máscara.

Ofic. ¿Cómo tratais tan mal á la filosofía?

Egid. Pluguiese al cielo pudiera hacerlo de veras. Solo siento que es una filosofía de piedra.

Ofic. ¿Sois enemigo de la filosofía?

Egid. Lo propio que de la peste.

Ofic. Amigo, no puedo aplaudir vuestro modo de pensar sobre este punto. La filosofía es la primitiva ciencia del universo, y madre de toda virtud.

Egid. No os hablo de esa: hablo solamente de la de estos tiempos presentes... Reparad bien su rostro, y vereis que... *alumbrando de cerca.*

Ofic. Veo una bella sombra, que se *mirando con atencion.* aparta de un rostro horrible.

Egid. Pues bien: ese rostro es la hipocresía, que en el siglo presente ha tomado el disfraz de la filosofía. La verdad la descubre, y enseña á todo el mundo baxo su verdadero aspecto. Esta es la que con falso semblante seduce los espíritus, los engaña y envenena. Es la maestra de los nuevos sistemas, y de los errores, la promotora de la falsa libertad, la corruptora de los corazones débiles, y en fin la peste de todas las naciones. ¡Infeliz el que la abriga! bebe su muerte, y perece en sus manos.

Ofic. Amigo, os felicito porque me hablais de un modo que me sorprende.

Egid. No, no, suspended vuestro juicio, y tened entendido que esta leccion no es mia; pero la tengo bien aprendida, y tanto me gusta que se me ha pasado al corazon y á el alma.

Ofic. ¿Y de quién la habeis aprendido?

Egid. De mi hermano.

Ofic. ¿Qué teneis algun hermano?

Egid. Si señor, y es muy letrado.

Ofic. ¿Y dónde se halla?

Egid. Aquí en mi casa; pero el pobre está ciego y muy enfermizo. Los continuos achaques le han desfigurado mucho, y no es sombra de lo que fué.

Ofic. Tendria gusto de verle.

Egid. Quando querais: estoy seguro que de su conversacion os resultará una particular complacencia.

Ofic. Volvamos á lo anterior de la materia: estas obras, y estas máximas honran vuestra profesion.

Egid. Los que profesamos este arte servimos á la fábula y á la historia; pues ¿por qué no hemos de hacer lo propio con la crítica y con la moral?

Ofic. Todos os deberian imitar.

Egid. Si tal hiciesen, perecerian. Mas agrada en estos tiempos una Venus lasciva, llena de defectos, que la mejor obra de Miguel Angel manifestando la modestia y la gravedad.

Ofic. Muy bien. Viva el Señor Conde.

Egid. ¿A dónde está? *se vuelve á mirar.*

Ofic. ¿Quién?

Egid. El Señor Conde.

Ofic. No, sí es un título que se me ha escapado.

Luisa baxa la escalera, se sienta en el último escalon, llorosa, y apoya la cara sobre sus dos manos: el Oficial hace reparo en ella y dice.

¿Quién es aquella jóven que se ha sentado allí, al parecer muy acongojada?

Egid. ¡Pobrecita! Ella tambien es víctima de las preocupaciones.

Ofic. ¿Os pertenece?

Egid. Es hija mia.

Ofic. ¿Por qué se lamenta?

Egid. Piensa en su situacion.

Ofic. Llamadla.

Egid. Luisa, acércate: este Caballero desea conocerte.

Se levanta para venir, al mismo tiempo ve á Odoardo y exclama.

Luis. ¡Oh Dios mio! El es, él es. *corre á encontrarle.*

Ofic. ¿Con quién habla? ¿Qué significa esto?

Se presenta Odoardo al foro, disfrazado, y envuelto en una mala capa corre á abrazar á Luisa.

Odoard. ¡Ah querida Luisa! *se abrazan.*

Luis. ¡Ah, mi Odoardo! ¿tú eres?

Odoard. Sí, yo soy; que por verte desprecio todo peligro, y á mis tiranos

nos tambien.

Ofic. ¿Qué dice aquel hombre? ¿quién es?

Egid. ¡Oh! ¡Si supierais!... este es el único escollo en que zozobra mi tranquilidad, y no sé como superarle. Aquel es el marido de mi hija.

Ofic. ¿Y por qué tal precaucion? Amigo, fiaos de mí.

Egid. Vaya quando hayais acabado, cumplid con nosotros.

Odoard. ¡Querido Padre! *repara en el Oficial.* ¿Qué veo? ¿Vos aquí Señor?

Ofic. ¿Sois vos, quien pocas horas hace...

Odoard. El mismo, y no me avergüenzo de que me sorprendais en este estado.

Ofic. ¿Qué significa ese disfráz?

Odoard. Con él eludo la vigilancia de mis exploradores, y la persecucion de mi padre, ó por mejor decir de un tirano.

Ofic. ¿No dixisteis que deseabais hablarme?

Odoard. Sí señor: yo imploro vuestro socorro, y el de todos.

Ofic. Pues la suerte os es propicia; decidme aquí mismo quanto querais.

Odoard. ¡Ay señor! Estoy desesperado.

Ofic. ¿Por qué?

Odoard. Esta es mi esposa.

Ofic. Lo sé.

Odoard. Al atractivo de su hermosura, estan agregados los de virtuosa y amable.

Ofic. Este elogio honra á los dos.

Odoard. Con el imperio mas crüel se me manda sacrificarla.

Ofic. ¿Quién os lo ordena?

Odoard. Mi padre.

Ofic. ¿Os desposasteis sin su consentimiento?

Odoard. Esa es mi culpa.

Ofic. Y qué ¿os parece poca?

Odoard. He errado: lo sé, y lo confieso; pero esta infeliz, seducida por mi amor, este digno padre engañado por mí, ¿por qué deben ser condenados á sufrir las angustias, los afanes, y el daño? Yo imploro gracia para ellos, y no para mí.

Ofic. Pues no participan...

Odoard. ¡Ay señor! El amor que todo lo supera me aconsejó mi traicion, y la falaz idea de la posesion. Sin este recurso yo la perdia para siempre, y consideraba como una virtud el amarla, y el adquirirla como un tesoro...

Ofic. Seguid, y si me contemplais digno...

Egid. Lo diré yo, señor: un amante suele hacer digresiones. Yo, yo hablaré.

Luis. No lo pinteis, querido padre, con colores...

Egid. No, hija mia. Ya yo le perdoné, y no seria capaz de... Sabed pues que yo no queria concederle mi hija, por ser la cosa que mas estimo, y porque estaba cierto que su padre no se hubiera dignado mezclar su sangre con la mia. Sin embargo de esto, quanto mas se aumentaban los obstáculos, tanto mas se miraban como esposos... Un momento desgraciado... eh... ya me entendeis, confirmó el fatal secreto. El uno queria matarse, la otra se moria de afan... Por fin se echáron á mis pies, y á los de un tio de él, hombre muy sábio, honesto, y sin preocupaciones, el que por menor mal, condescendió en que se desposáran, prometiendo su mediacion para con el padre de Odoardo. De allí á corto tiempo el dicho tio murió repentinamente, y nos ha dexado en un mar de desolaciones, y quebrantos.

Ofic. Engañar á un padre, siempre es un grave delito, y si él está sentido...

Egid. Y bien si la cosa está hecha ¿de qué sirve ahora el perseguirnos implacablemente?

Ofic. ¿Y qué pretende vuestro padre?

Odoard. Separarnos.

Ofic. ¿Cómo?... sin embargo de vuestra falta, el matrimonio es válido.

Odoard. Quieren separarnos, os lo repi-

pito. El interés y la ambicion se han unido para cometer una violencia. Llaman á nuestro matrimonio con las odiosas voces de clandestino, contrario á las leyes, nulo, y digno de castigo. Por caridad pido la muerte ántes que la separacion.

Luis. Si me quiten á Odoardo, que me quiten la vida, pues sin él, no la estimo.

Egid. ¿Los oís? ¿No merecen compasion?

Ofic. En verdad que me enternecen. ¿Quánto tiempo hace que estais casados?

Luis. Un año.

Ofic. ¿Y despues de un año os quieren separar?

Egid. Señor, estamos en un tiempo, en que se usan la fuerza, y las amenazas. Entretanto se le ha mandado á él no verla, baxo pena de cárcel, y á mi hija no admitirle en su casa, baxo la pena de una reclusion. Ambos se encomiendan al cielo, á los ardídes, á la fortuna para verse tal qual, y se aman cada vez mas, entre los peligros y desgracias.

Ofic. No puedo persuadirme á que se use semejante violencia, y mucho ménos á que se apruebe.

Egid. ¡Ay señor mio! quién en el dia tiene mas dineros, tiene mas razon.

Ofic. Eso no es verdad. ¿Quién es vuestro padre? *á Odoardo.*

Odoard. El Baron Naiman.

Ofic. El Presidente de la...

Odoard. El propio.

Ofic. Quedo enterado. ¿Y quál es la causa fundamental de su aversion á este enlace?

Egid. La falta de dote es la que mas le disgusta, y luego la falta de títulos.

Ofic. Ah, ah... pero ese es pequeño obstáculo. *riéndose.*

Egid. Yo lo tengo por el mayor, é irremediable.

Ofic. Yo apuesto que vos, buen Egidio, en breve tiempo lograréis un Condado.

Egid. Señor, ¿y con qué arbitrio?

Ofic. Solamente con el de vuestro mérito.

Egid. Tan posible es eso, como hacer volar á ese grupo.

Ofic. Basta. Yo soy algo astrólogo, y no me desdigo...

Egid. Pues esta vez, os aseguro que ha perdido el mérito vuestra astrología.

Ofic. Lo sentiria.

Egid. En fin sea lo que quiera, dexémoslo en manos de la suerte.

Ofic. Sí; mas vale... Pero ahora me acuerdo que me habeis dicho queriais echaros á los pies del Emperador. *á Odoardo.*

Odoard. Ellos solos pueden ser mi refugio y consuelo.

Ofic. ¿Y qué pretendeis de él?

Odoard. Piedad, justicia, y compasion para mi infeliz esposa.

Ofic. Eso es muy fácil.

Egid. Vos todo lo facilitais, y yo lo creo muy dificil.

Ofic. Os compadezco.

Lucía baxa por la escalera y dice.

Luc. Señores, señores, noticia alegre... venid os ruego, asomaos á las ventanas, oireis, y vereis todo... lo...

Egid. ¿Qué sucede?

Luc. Unos van, otros vienen... unas fiestas... mucho concurso de pueblo... todas las ventanas y balcones iluminadas... ha venido...

Egid. ¿Quién?

Luc. El Emperador.

Odoard. ¿Qué dices? ¡Ah! quiera el cielo que su llegada termine mis disgustos.

Egid. Esta es la ocasion de...

Sale el Conde de Stembergh.

Cond. Señor, quando gusteis marchar, podeis hacerlo, pues se ha hallado arbitrio para complaceros.

Egid. Señor Conde, es cierto lo que nos cuenta Lucía.

Cond. ¿De qué?

Egid. Que ha llegado nuestro Soberano.

Cond. Así dicen.

Ofic. Y vos señor Conde ¿qué decís?

Cond.

Cond. Podeis leer en mi frente mi respuesta... conviene usar de cautela.
Odoar. ¿Se sabe dónde se ha aposentado?
Cond. Todos se dirigen á la casa de las postas.
Odoar. ¿Cómo se podria lograr la gracia de hablarle?
Cond. Suplicándoselo á este Caballero Oficial.
Ofic. Yo haré quanto sea de mi parte.
Egid. Vaya, Señor, si teneis medio ó arbitrio alguno, consolad á estos dos esposos.
Ofic. Ya he dicho que lo haré, y les prometo buen éxîto.
Egid. El cielo os bendiga. No puedo dexar de abrazaros. Lucía, anda, pronto, trae tres ó quatro vasos.
vase Lucía.
Ofic. ¿Para qué?
Egid. Quiero que echemos un trago brindando por la salud de nuestro augusto y amabilísimo Emperador... Perdonad mi franqueza: hacednos este honor y sereis uno de los nuestros.

Sale Lucía con un axafe, y quatro vasos.
Luc. Cada uno sírvase á su gusto: yo vuelvo á la ventana á observar lo que pasa. *Lo dexa sobre un pedazo de mármol, y se va.*
Egid. Dexalo ahí. Primero el extrangero. *distribuye el vino.* Despues el Señor Conde; este para mí, y vosotros servíos á vuestro gusto. *á Odoardo y Luisa.* A que viva nuestro amado Soberano. *toma el vaso y cada uno el suyo.*
Todos. Viva.
Egid. Vaya: ahora por favor, me direis *baxo.* ¿quién sois vos?
Ofic. Solo soy un buen amigo del Emperador.
Egid. ¿Amigo? Mejor que mejor. Pues vuelvo á brindar por la salud del amigo del Emperador.
Ofic. Lo aprecio.
Egid. ¿Amigo verdaderamente? *con llaneza.*
Ofic. Sí, amigo, é íntimo.
Egid. El júbilo me enagena.
Ofic. Este vino es bueno.
Egid. Es el mismo que dispierta y anima mi imaginacion para hacer aquellas estatuas que os habeis dignado alabar... Perdonad, os repito, mi franqueza.
Ofic. No importa.
Egid. ¿Bebereis otro vasito?
Ofic. Basta.
Egid. No olvideis que me encomiendo á vuestra bondad: favoreced á estos infelices.
Ofic. No dudeis de que estan bien recomendados.
Odoar. Protegednos con todo empeño.
Ofic. Fiad de mí, y vivid tranquilos.
Egid. ¡Mirad qué buen Oficial! ¡El cielo nos lo ha enviado!
Ofic. Señor Conde, me hareis el gusto de noticiar á quien debe conducirme, que marcharé dentro de dos horas.
Cond. Deseo serviros. *vase.*
Egid. ¿Dentro de dos horas marchais? Y en tan corto tiempo...
Ofic. No desconfieis: en dos horas se hará todo; pero es preciso me cumplais vuestra palabra.
Egid. ¿Quál?
Ofic. La de ver á vuestro hermano.
Egid. Teneis razon: me habia olvidado.
Ofic. Pues vamos, señor Conde.
Egid. ¿Señor, si el Conde se fué?
Ofic. Ya lo sé.
Egid. ¿O me decís á mí?... ¿os quereis burlar?... Conde un... vaya vaya.
Ofic. Vamos, buen amigo, vamos.
Egid. Hijos alegraos. *toma el velon.* La llegada del Soberano, y vuestra visita me han infundido un espíritu... una alegría indecible. Animo, hijos. El cielo jamás abandona á los infelices. Tomad esa otra luz, y acompañemos á nuestro protector.

AC-

ACTO QUARTO.

Habitacion de Fernando: aparece sentado en situacion de acabar de cenar, una mesa delante con luz, un plato vacío, y dos botellas, la una de vino, y la otra de agua.

Fer. Mi cena se acabó. Gracias doy al cielo, porque este dia tambien lo he pasado con tranquilidad, y sin remordimientos: *Se levanta con alguna dificultad, pone la silla á un lado de la mesa, y se vuelve á sentar.* vaya, esta noche me han dexado solo. *va buscando de una en otra faldriquera alguna cosa y no hallándola, tienta sobre la mesa, y dexa caer la luz: al mismo tiempo entra Lucía.*

Luc. ¿Qué habeis hecho?

Fer. No lo sé: mis manos tropezáron en alguna cosa, y parece que se ha roto.

Luc. Se ha caido el candelero.

Fer. Ménos mal. El acaso ha sido mas juicioso que nosotros.

Luc. ¿Por qué?

Fer. Tú me pones luz. ¿No consideras que es un beneficio superfluo para un ciego?

Luc. Lo sé; pero la he puesto para comodidad de los otros, y mia.

Fer. Tu razon es aun mas poderosa que la mia, y no me avergüenzo de confesarlo... Ella debe de estar por aquí. *sigue buscando.*

Luc. ¿Pero qué buscais?

Fer. Mi caxa.

Luc. Voy por luz. *recoge el candelero y se va.*

Fer. ¡A qué situacion me veo reducido, Dios mio!... Soberbia humana, tú que en las prosperidades levantas tu cabeza al cielo, mira, mira tú propia debilidad. Si la naturaleza te priva de uno de sus dones, te humilla á todos, y te reduce á mendigar su asistencia.

Sale Lucía con luz.

Luc. ¿Adónde dexasteis la caxa?

Fer. La puse aquí encima.

Luc. Pues aquí no está.

Fer. Pero...

Luc. Esperad. *va á poner la luz sobre la comoda, y ve la caxa.* Aquí está sobre la comoda.

Fer. ¡Ay de mí! He perdido la vista, y empiezo á perder la memoria.

Luc. Tomad. *le da la caxa.*

Fer. Quita de ahí esos enredos.

Luc. Ya lo hago. *lo quita todo.*

Fernando toma un polvo.

¿Habeis cenado con gusto?

Fer. Sí.

Luc. Esa es buena señal.

Fer. ¿Está aun el forastero que me dixiste, abaxo?

Luc. Sí señor.

Fer. ¿Qué quiere?

Luc. Creo que quiere hacernos bien.

Fer. ¡Ah! ¡Qué pocos son los hombres que benefician á sus semejantes!

Luc. Pues este tiene un ayre, un modo que hechiza. Yo me estaria sin comer dos dias mirándole y oyéndole hablar... Es un Señor diferente de los otros. Quando yo lo digo, lo sé muy bien, y podeis creerme.

Fer. Sí, hija, sí.

Luc. Si hubiera usted oido lo que dixo... pero yo no átiendo tanto á sus palabras como al modo con que las pronuncia, y á los ademanes de su rostro... Quiero explicároslo...

Fer. Vé, Lucía, ponlo todo en su lugar, que despues me lo explicarás.

Luc. Teneis razon; pero ay, que vienen. Hasta otra vez. *vase llevándolo todo.*

Salen Egidio, el Oficial, Odoardo y Luisa, lo mismo que se entráron en el anterior acto.

Egid. Buenas noches, hermano.

Fer. Dios te las dé muy buenas, Egidio. ¿Has concluido tu trabajo?

Egid. Aun no. Ha venido una persona

na á interrumpirle ; pero no me pesa. Regocíjate Fernando.

Fer. ¿ De qué ?

Egid. He hallado quien protegerá á mi hija.

Fer. ¿ Es protector , ó protectora ?

Egid. Protector.

Fer. ¿ Viejo ó jóven ?

Egid. Jóven.

Fer. ¿ De qué clase ?

Egid. De la mas elevada.

Fer. ¡ Ay de mí! *suspira profundamente.*

Egid. ¿ Qué significa ese ay de mí ?

Fer. Que no me gustan mucho esas calidades.

Egid. ¿ Por qué ?

Fer. Tu hija es jóven y hermosa.... Quítala esos agregados , y verás como desaparece el protector.

Egid. Explícate mejor.

Fer. Entiéndeme , hermano , si quieres, que yo bastante he dicho.

Ofic. Buen anciano vos me injuriais sin haberlo merecido : os suplico que me conozcais primeramente.

Egid. Fernando , esta vez se puede decir con verdad que has hablado á ciegas.

Fer. ¿ Está aquí este Caballero , y no me lo has advertido ?... Qualquiera que seais , perdonad Señor , mi concepto: he hablado con los términos generales de la experiencia , y tendré indecible complacencia en engañarme.

Egid. ¡ Ah ! si pudieses verle... su fisonomía es de aquellas que no mienten.

Fer. ¿ Pero quién es ?

Egid. Un Militar ; pero de alguna graduacion.

Fer. ¿ Militar ? Señor , dadme la mano.

Ofic. Aquí la teneis.

Fer. Os pido perdoneis mi ligereza : os devuelvo la estimacion , y recibo con gusto vuestra proteccion.

Ofic. ¿ Me parece sois amigo del nombre y carácter de los Militares ?

Fer. Mucho. Son las personas que en el dia merecen mi estimacion ; las demas me lastiman , y las compadezco.

Ofic. ¿ Por qué ?

Fer. El verdadero Soldado es el depositario del honor. Conserva la idea del buen órden , de una ciega obediencia , y de una cabal subordinacion. Nuestros letrados (luces falsas del siglo si son malos) disputan sobre las leyes ; el soldado se contenta con saberlas : aquellos las exâminan con un espíritu inconsecuente; éste respeta sus secretos , y se limita á obedecerlos : aquellos , en fin , se contradicen , y fomentan la discusion ; pero el soldado , siempre igual, mantiene la disciplina.

Ofic. A la verdad que me arrebatais la atencion , y os conceptúo , segun vuestro discurso , mas grande de lo que pensaba.

Egid. ¡ Oh ! si él habla , oireis al verdadero Ciceron de Alemania.

Ofic. Me parece muy viejo.

Egid. Pues sin embargo es mas jóven que yo.

Ofic. ¿ Cómo es dable ? Vos estais robusto , y él por lo contrario.

Egid. Es que yo he trabajado con el cuerpo , y él con el espíritu.

Fer. Estas canas , y una anticipada senectud , son en el dia el premio del hombre estudioso. Mi buen padre (de quien bendigo la memoria) quiso distinguirme. Deseaba tener en su familia un bástago científico , y me trasladó del cincél á los libros. ¡ Qué fatal gracia me hizo !... Estudié largo tiempo con aplicacion , y esta me hizo brillar entre los Letrados del siglo : parecióme al principio que dominaba mi ciencia sobre los secretos de la naturaleza ; pero me engañé... ¡ ah ! quanto me cuesta el desengaño!... Dos partes de nuestra sabiduría son pura vanidad , y me moriré confesando ignorarlo todo.

Ofic. ¿ Quánto tiempo hace que habeis perdido la vista ?

Fer. Tres años.

Ofic-

Ofic. ¿Y cómo soportais vuestra desgracia?

Fer. Tranquilamente. Los disgustos que me ahorra, recompensan suficientemente los bienes de que me priva.

Ofic. ¿Qué disgustos os ahorra vuestra falta de vista?

Fer. Oid: sino disfruto el espectáculo luminoso de la naturaleza, tampoco veo los desórdenes que la degradan, los tintes artificiosos de los hombres que la transforman, los rendimientos aduladores, las caricias mentidas, la falsa risa, las asechanzas, el engaño con máscara de verdad, y en fin... los delitos.

Egid. ¿Qué tal? Respondedle si podeis. *al Oficial.*

Ofic. Ciertamente que es un hombre grande.

Egid. ¡Oh! bien lo sé yo: no le cambiaria por todo el oro que tiene en sus erarios el Emperador.

Ofic. (*apte*) Quanto mas le miro, me parece que no me es nueva su fisonomía. (*á Fern*) Es preciso que os haya visto en alguna otra parte; porque...

Fer. Es probable, si habeis vivido en Viena.

Ofic. Es mi patria.

Fer. Pues allí me habreis visto, en donde he sido por espacio de doce años, Catedrático del derecho natural en la Imperial Universidad.

Ofic. No era imposible engañarme. ¿Hace mucho tiempo que faltais de allí?

Fer. Unos tres años.

Ofic. Vuestra enfermedad...

Fer. Si señor... ella fué la que terminó mi carrera.

Ofic. ¿Os habrán destinado una decente pension.

Fer. Muy corta.

Ofic. ¿Cómo?

Fer. Jamás faltan espíritus envidiosos, enemigos de su proxímo que hacen alarde de limitar la generosidad de los Soberanos.

Ofic. Aseguraria que el Emperador nada sabe de eso.

Fer. Así lo creo; pero vos sois buen testigo de mi estado, y riquezas.

Ofic. Consolaos, pues estais próximo á mejorarle.

Fer. ¿Con qué fundamento?

Ofic. Os doy el felíz aviso de que el Emperador os ha nombrado su Consejero. *todos se conmueven.*

Fer. ¿A mí?... De quándo acá?

Ofic. Basta lo dicho. Lo restante es un arcano; pero durará poco.

Egid. (*apte.*) Yo no lo entiendo... Este Caballero va distribuyendo empleos, y títulos con una facilidad... A mí Conde, á Fernando Consejero... ¿Qué negocio es este?... Yo nada entiendo de estas cosas.

Ofic. ? Qué discurris? *á Egidio.*

Egid. En los empleos que habeis dado á mi hermano, y á mí.

Ofic. Tiempo os queda para ello. *riéndose.*

Fer. Vuestras últimas expresiones... *regocijado.* pero no, haré cuenta de no haberlas oido... Hablemos de otra cosa ¿Dónde está mi Luisa?

Egid. Aquí la teneis.

Fer. ¿Mi estimada sobrina, nada me dices?

Luis. No queria estorbar tan bella conversacion.

Fer. ¿Y no se ha visto á Odoardo esta noche? *Odoardo le bèsa la mano.* ¿Quién es este?

Odoar. Es vuestro querido Odoardo que os venera y estima.

Fer. Abrazame, hijo mio. La injusticia te persigue: pero el cielo te ayudará, y será el apoyo de mi sobrina.

Egid. Este Caballero Oficial se ha empeñado en presentarlos al Emperador, y á mí tambien.

Fer. ¡Ah! si no hubiese quedado ciego, muchas veces he tenido la idea de correr á sus augustos pies.

Ofic. El os hubiera acogido con humanidad, y habeis hecho mal aunque

que ciego, de no hacerlo.

Fern. ¡Qué buen Príncipe! ¿Si mantendrá todavía aquella índole tan fácil, tan familiar?

Ofic. Sí, sí: dicen que es siempre lo mismo; mas vos bien le habreis conocido.

Fern. ¿Si le conozco? Le he besado tantas veces la mano... Entónces daba complacencia ver, y oir los rasgos de su beneficencia, de su espíritu... afable con todos, compasivo, bondadoso... El era amigo de sus vasallos: acudia... corria..: preveia todas las necesidades... En fin se decia por refran, los pobres, y ricos duermen tranquilos porque el Emperador vela por su seguridad; pues que en todas partes se halla.

Egid. Hermano, no suspendas tu narracion, que me causa mucho deleyte oir hablar así del Soberano; ¡ si al ménos hubiera tenido la dicha de verle alguna vez!

Fern. Me acuerdo, como si fuera ahora, de sus ademanes, de su rostro, y hasta de su modo de hablar.

Egid. Píntame, hermano, su persona; por si acaso (como me lo ha ofrecido) este Señor me presenta, conocerle en medio de la turba de sus cortesanos.

Fern. Escucha su retrato; por él creo podrás conocerle sin temor de equivocarte.

Egid. Dí.

Fern. Es bien formado, y de una regular estatura.

Ofic. Dexad por ahora eso.

Fern. No creo os disguste el que hablemos de nuestro amo. Escúchame: viste por lo regular de Soldado, y su uniforme preferido es, (especialmente quando viaja) de color blanco, y divisa celeste, que es el de su Regimiento.

Egid. Así lo trae este Oficial.

Fern. Tiene un rostro placentero, lleva un peynado sencillo, los ojos color de cielo, pero muy vivos, las cejas negras que le hermosean, las mexillas redondas, y de buen color, el labio inferior un poquito grueso, y sobresale del superior.

Egid. Hasta ahora, las mismas señas tiene este Caballero.

Ofic. (*aparte.*) La inocencia de estas gentes, va á descubrirme sin poderlo remediar.

Fern. Entérate bien de estas dos señas, que te le darán á conocer entre mil. Tiene un lunarcito debaxo del ojo izquierdo, que le da mucha gracia.

Egidio mira atentamente al Oficial: y éste con disimulo se cubre, como por acaso, la cara con un pañuelo.

Tiene en la barba una señal que le hizo una bala de mosquete.

Vuelve Egidio á exâminar al Oficial, el que finge distraerse dando algunos pasos á otra parte.

Egid. ¡Hermano mio! *muy exâltado.*

Fern. ¿Qué es?

Egid. ¿Me has dicho verdad?

Fern. ¿Por qué tal pregunta?

Egidio mira al Oficial, despues á Luisa y á Odoardo, los que se hallan confusos: Egidio hace ademan de hablar, pero no puede, y despues dice.

Egid. O es el mismo, ó yo sueño.

Odoard. ¡Luisa! } *como admirados y*
Luis. ¡Odoardo! } *suspensos.*

Odoard. ¿Has visto el lunar?

Luis. Y aquel labio... aquellos ojos... ¡ah!... todo, todo confronta.

Fern. ¿De qué procede este improviso silencio... No hay nadie aquí que hable?

Odoard. Aquel cubrirse la cara... *á Luis.*

Luis. ¡Ah! yo palpito, y toda tiemblo!

Ofic. Ya es tiempo que os evite la molestia. Amigos mios, á Dios.

Fern. ¿Qué os vais?

Ofic. Sí.

Fern. Id en buena hora.

Odoardo y Luisa como temerosos hacen una cortesía.

Ofic. ¿Vosotros nada me decís? *á ellos.*

Luis. Señor...

Odoard. Nosotros, ¿qué podemos deciros? interpretad nuestro silencio.

Ofic. ¿Quién lo diria? Su suspension *ap.* fomenta la mia, veo claramente su confusion, y no sé resolverme.

Sale Lucía con dos niños, que son los hijos de la Condesa, vestidos de Oficiales.

Luc. Señor, aquí teneis dos Oficialitos *al Emperador.* que instan por hablaros.

Ofic. ¿Quién son? ¿Qué quieren?

Luc. Preguntadlos, que ellos os informarán.

Ofic. Acercaos. *á los niños que se acercan.*

Luc. ¡Qué bello garbo! ¡qué hermosos soldaditos!... qué ayre! qué fisonomía! me excitan la gana de darles mil besos.

Ofic. ¿Quién sois, niños?

1.º Dos fieles servidores vuestros.

Ofic. ¿Qué pretendeis?

2.º Conocer el amigo de nuestro buen padre, y aprender de su labio á imitarle.

Ofic. ¿Quién fué vuestro padre?

1.º El Mayor Walsingher,

Ofic. Sois vosotros aquellos... pero ¿cómo aquí?... Han venido solos estos muchachos? *á Lucía.*

Luc. No, Señor: está su Madre allá fuera.

Ofic. Que entre.

Luc. Al instante. *vase.*

Los dos niños van á la puerta, se ponen cada uno á su lado, desembaynan las espadas, se cubren, y ponen como de centinela.

Ofic. Y ahora, ¿qué haceis?

2.º La centinela al amigo de nuestro Padre.

Ofic. ¡Qué amables criaturas! ¡Quánto me gusta esta sorpresa!

Egid. Cada vez me encuentro mas confuso. Tan inmoble me he quedado como mis estatuas, y no acierto á hablar una palabra.

Salen la Condesa, y el Conde.

Ofic. ¿Vos aquí, Señora?

Condes. Suplícoos perdoneis mi libertad.

Ofic. ¿Temiais acaso que me olvidara de mi promesa?

Condes. Ya sé que vos no podeis faltar á vuestra palabra.

Ofic. Pues porque...

Condes. He querido sorprenderos, y manifestaros mis respetos. *va á humillarse, pero la ataja.*

Ofic. Esto no os pertenece como Dama.

Condes. En este caso mi humillacion ensalza mi decoro.

Ofic. ¿Conde, habeis publicado mi secreto? *baxo.*

Conde. Creo que ella lo ha penetrado.

Ofic. ¿Quién os dixo que yo estaba aquí? *á la Condesa.*

Condes. Vos mismo, lo dixisteis hace poco.

Ofic. Es verdad. ¿Esos son los hijos del Mayor Walsingher y vuestros?

Condes. Nacidos, y dedicados á serviros, si los admitís.

Ofic. ¿Servirme á mí?

Condes. Perdonad si se me ha escapado esta palabra; pues... mi... confusion.

Ofic. No, no: habeis dicho bien: ellos servirán al Emperador; y en breve se igualarán á su padre.

Condes. ¡Ah, hijos mios! *mirándolos.*

Egid. Vaya aquí no cabe duda alguna. *aparte.*

Odoard. ¿Comprendes algo Luisa?

Luis. Mi agitado corazon no me permite atender á nada.

Fern. Hermano. *tentando.*

Egid. Dexame.

Fern. ¿Qué es esto? ¿Qué quieres decir?

Ofic. ¿Por qué esa confusion, y silencio? *á Odoardo, Egidio, y Luisa.*

Luis. Señor... *temblando.*

Ofic. ¿Temblais?

Luis. No Señor... *disimulando.* ¡Dios mio! ¿Qué es esto? *aparte.*

Ofic. Hablad.

Condes. Si no temiera ofenderos. *acercándose sumisa.*

Ofic. Proseguid.

Condes. ¡Ah! no: vos sois bueno: sois cle-

clemente, y no nos negareis la gracia de besaros la mano.

Egid. Y yo, Señor, y yo... Aquí teneis tambien á mis hijos...

Odoardo y Luisa. Todos llorando.

Fern. ¿Qué es esto? Ahora caygo en sospecha.

Ofic. ¿Qué lágrimas son esas?

Egid. De ternura.

Ofic. ¿Pero por qué?

Condes. Concedednos el júbilo de pronunciar vuestro glorioso nombre sin temor de disgustaros.

Egid. ¡Ah Señor! dignaos, de que nos echemos á vuestros pies. Estas lágri-
se arrodillan.
mas... nuestro corazon os ha reconocido.

Ofic. ¡Ah! sí, lo mereceis, y yo he resistido demasiado.

Condes. ¡Justo Cielo!

Luis. ¡Nuestro Padre!

Odoard. ¡Nuestro Soberano!

Egid. ¡Invicto y glorioso Emperador!

Fern. ¡Ay Dios!... Hijos mios, ayudadme... yo tambien, yo tambien... quiero besar sus invictos pies, y despues moriré contento.
se echa á sus pies á tiento.

Ofic. Basta, amigos mios, *enternecido.* basta: vuestras dulces lágrimas arrancan las mias... levantaos; abrazadme... Aquí teneis á vuestro padre, vuestro amigo, y defensor.

Fern. El cielo conceda larga y feliz vida á tan buen padre.

Egid. Que, si es posible, nos quite los dias de nuestra existencia, para añadirlos á la vuestra.

Ofic. Estos tiernos, y sinceros votos me penetran el corazon, y alegran mi alma mejor que los vivas, y aclamaciones de toda una poblacion. Aquí todo es candor, pureza, y verdad... ¡Dichosos los momentos que he pasado en vuestra compañía! Yo los debo á la vanidad de unas almas vulgares amigas de la ignorancia, y de la propia fortuna... Aquí, aquí residen, como en su asiento, los sentimientos generosos, y llenos de virtud... Jamas, jamas apartaré de mi memoria estos preciosos instantes.

Sale Lucía.

Luc. Señor, dos que llevan el mismo uniforme que vos, os buscan; ademas casi toda la nobleza del Pueblo desea entrar aquí dentro.

Ofic. ¿Por qué?

Luc. Por ver al Emperador... Dicen que está aquí... ¡Qué locura!

Luis. ¡Ah! ¡Lucía!

Luc. Los mas nobles, el Señor Presidente, padre de Odoardo, los Barones Wolfen, y Splin, las dos Baronesas de Stolen, y la... no me acuerdo; el Caballero... vos sabreis como se llaman, y otros muchos, han entrado en el Tallér donde estan los mármoles, y estatuas, y piden permiso para presentarse.

Ofic. ¿El Presidente? ¿Las Baronesas? Los veré de buena gana: que entren.
Lucía se distrae.

Egid. ¿Lo has oido?

Luc. Sí señor. *vase.*

Ofic. ¿Lo creereis, amigos? Ellos me consideráron indigno de su compañía... este sencillo vestido no les persuadió.

Fern. ¡Oh! á la verdad mas ciegos que yo... Vos que con sola una mirada los hubierais oprimido...

Ofic. Yo me rio, y los compadezco.

Condes. Ya llegan.

Ofic. Ellos son.

Salen las Baronesas de Stolen, y Wiltz, los Barones Wolfen, y Splin, el Caballero Brom, y el Presidente.

Wolf. Servidor de vms.

Brom. ¿Quién es el amo de casa?

Egid. ¿Qué se os ofrece?

Wiltz. Aquí está tambien aquel Oficial.

Stol. El por todas partes se mete, si lo hubiera sabido, no hubiera venido.

Brom. Mirad ahí á la Condesa; hasta
á las Baronesas.

aquí ha venido á buscar su nuevo enamorado.

Egid. ¿A quién buscan vms., Señores mios?

Pres. Al Emperador.

Egid. ¿Os parece Señores, que sea este parage para buscarle?

Pres. Eso mismo decia yo. El no hubiera preferido un artífice á la nobleza.

Stol. ¡Qué simpleza la del que dixo que aquí se hallaba! Nos ha hecho andar de Palacio á la casa de postas, de esta aquí... vaya... vaya... ¡ignorantes!

Wiltz. Apuesto yo que el Emperador ni tampoco sueña el venir á este pais, no obstante las voces que se han divulgado.

Ofic. ¿Y qué pretenden vms. de él?

Pres. Es de nuestra obligacion el cumplimentarle, y ofrecerle nuestra servidumbre, la que es preciso que acepte, respecto á que somos los primeros personages de la Ciudad.

Ofic. Yo discurro que apénas son vms. los últimos.

Pres. ¿Qué decís?

Odoard. (*aparte.*) Si al ménos tuviese arbitrio para avisar á mi padre.

Pres. Respondedme vos. *á Egidio.* ¿Es verdad, ó no, que el Emperador ha entrado en esta casa?

Egid. Yo no he visto sino á este Caballero Oficial.

Ofic. Obscuro, sin Títulos, é indigno de vuestra sociedad, y tal vez de vuestra vista.

Stol. Somos nosotros mas locos en escucharos.

Ofic. Así es.

Stol. Vámonos.

Pres. Vamos... ¿pero qué veo?... *ve á su hijo.*

Odoard. ¡Ah padre mio! Aquí teneis á vuestros pies...

Pres. Indigno, y ¿te atreves contra mis órdenes á freqüentar esta casa indigna, pues sus moradores te han seducido?... Te arrepentirás. *hace q[...] parte.*

Odoard. Deteneos.

Pres. ¿Cómo detenerme? Acudiré á lo[s] Tribunales, imploraré su socorro, [...] alcanzaré para tí una dilatada prision, y una reclusion para ella.

Ofic. Los Tribunales bien informados n[o] os escucharán.

Pres. ¿Por qué?

Ofic. Porque ellos estan legítimament[e] casados, y no obran injustamente.

Pres. Su matrimonio es nulo, y criminal. Estos viles plebeyos han suducido á mi hijo.

Ofic. No son capaces de tal baxeza... ¿Plebeyos?... ¿Qué nombres dais á las gentes virtuosas? Un excelente Escultor, que con sus obras hace hon[or] á su Patria, y un Letrado, no son plebeyos, como decís, y pueden decorosamente unirse con una familia que es noble de dos dias acá.

Pres. Vos aquí nada teneis que ver. Y[o] sé lo que debo hacer con estas gentes.

Emp. ¿Y qué hareis, hombre vil, miserable y vergonzoso? Escuchadme: os hablo en nombre del Emperador, es sabedor de este matrimonio, y le aprueba. Si la virtud no basta á satisfacer á quien no tiene alguna, si es necesasio igualar una nobleza comprada por un padre Tahonero, sabed que ella es hija del Conde Egidio, Conde por mérito, y no por impostura, y Sobrina de un Consejero de S. M. ¿Basta esto para acallar vuestro orgullo?

Pres. ¿Pero de quándo acá obtienen ellos esos Títulos?

Emp. Desde que habeis desmerecido los vuestros.

Pres. Pero, Señor Oficial...

Emp. Callad, y no me obligueis á que hable mas... Amigos mios, *á los Esposos, Padre, y Tio.* con[...] solaos. Si veis premiada vuestra virtud

tud á ella sola lo debeis. Ya es tiempo que nos separemos... Acordaos que aquí dexo unos amigos: y estad seguros que en todas ocasiones teneis en mí uno que os estima.

Condes. ¡Ah Señor!

Egid. ¡Nuestra gratitud!...

Emp. quedaos, y callad... *Al salir el Emperador los niños le saludan con las espadas.*

¿Y estos señoritos, quedarán olvidados? A Dios, Teniente: *al menor.* á Dios Capitan... *al mayor.* Y vosotros, Caballeros y Barones recibid un compasivo recuerdo: olvidad el orgullo, y respetad á todos. Y tened entendido que el hombre que defiende á la Patria, merece el aprecio de todos, y que la primitiva, y verdadera nobleza está apoyada en la virtud. *vase.*

severo.

Stol. Yo quedo admirada, y nada entiendo de estos discursos.

Wolf. Hemos tolerado una severa reprehension sin responderle una palabra.

Cond. Mejor para vosotros.

Condes. Dad gracias al cielo.

Stol. ¿Pero quién es este Oficial?

Condes. ¿Y aún no le habeis conocido?

Cond. ¿Quereis saberlo?

Stol. Sí.

Odoard. ¡Ah padre mio!

Pres. ¿Y bien?

Odoard. Es el mismo Emperador.

Stol. ¿El Emperador?
Pres. ¡El Emperador!
Wiltz. ¡Ay de mí!
Wolf. ¡Justo cielo!
Brom. ¡Es posible!
Splin. ¡Cómo!
Todos á un tiempo admirados.

Egid. El mismo en persona. Vean vms. ahora si ha preferido la morada de un infeliz Artista, al palacio de la mas distinguida nobleza.

Pres. ¡Ah ingrato hijo! Tú me has perdido.

Odoard. Padre, me era imposible el deciros ni una sola palabra.

Stol. Estamos perdidos... ¿Qué haremos?... huyamos...

Cond. Detèneos: si admitís un consejo saludable, él solo os puede sacar de vuestra confusion: os le propongo como amigo. Este caso no os injuria: tiene un tanto quanto de ridículo; pero nada de culpa. Pedid perdon postrándoos á tan generoso Príncipe, que estoy seguro de que os perdonará, y todo finalizará en páz... Pero si sois prudentes, sacad de lo que os ha pasado toda la posible utilidad. Aprended á ser cantos en lo sucesivo, bondadosos, y no altaneros: políticos con los iguales, humanos con los inferiores, y dóciles con todos. ¿Habeis oido lo que dixo el Emperador? Estas son las virtudes que distinguen, y forman el carácter de la verdadera nobleza.

FIN.

Se hallará esta con un surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias, Saynetes y Entremeses, en la Librería de Cuesta, calle de Correos, frente del Parte, y en su puesto, Gradas de San Felipe el Real.